

TU HERMANO ESTABA MUERTO Y HA RESUCITADO  
4to Domingo Cuaresma (06 de Marzo de 2016)

Lc. 15, 1 – 9, 11 – 32

La moneda, la oveja y el hijo perdido son las tres parábolas enfocadas en la esperanza y la misericordia, que además tienen en común el júbilo del encuentro. De ellas, la que está en un nivel superior es la tercera porque remarca el gran amor del padre hacia el hijo, diferente por supuesto a la posesión de un animal u objeto. Se la conoce como la parábola del “*hijo pródigo*”, pero una reflexión en hondura su contenido, nos llevaría a denominarla con más precisión, parábola del “*Padre bueno*”. En el relato de Lucas, el patriarca tiene dos hijos que son antagonistas entre sí, pero complementarios de algún modo. Viven alejados, el menor, de la casa, y el mayor, del corazón. El que partió lejos, no salió nunca del corazón del padre, lugar en el que no entraba el que permaneció junto a su progenitor. De éste, la historia nos deja un final inconcluso, pues no sabemos si aceptó o no los brazos paternos. Juzgaba a su padre como injusto, que no valoraba su trabajo, y el abrazo dado al recién llegado le tocaba como una puñalada a sus largos años de servicio y dedicación. La alegría del recibimiento y de la fiesta le produce al hermano mayor tristeza y eso es un síndrome muy grave.

Es un lugar común decir que cada vez que se lee esta historia se tiene la impresión de estar leyendo algo nuevo, pues si bien la historia es antigua, lo que ella cuenta tiene eco en cada corazón. ¡Hay egoísmos silenciosos y escándalos públicos! El más joven tiene muchos dobles y doblajes y se marcha cargando sin saberlo, con una pesada cruz al tiempo que cuelga otra más áspera sobre los hombros del padre. La libertad sin control es instinto ciego que encadena, mucho dinero es mal consejero y algunas amistades o admiradores desaparecen con el último billete, realidad que todos conocen. Por lo tanto, es necesario mirarse en ese relato como si fuera un espejo para ver ahí reflejada la figura de cualquiera o de ambos hijos, y sus relaciones con el padre, que es la figura central.

El hijo menor se va a vivir su vida siguiendo sus propios deseos, sin preocuparse de quien deja atrás. Se envuelve en una libertad descontrolada para terminar esclavo de un desconocido al que cuida su rebaño de cerdos. Disfrutó de amigos, pero terminó solo y abandonado. La gran herencia inicial desapareció y asomó el hambre. Hundido en el más grande de los desengaños, tuvo la lucidez de comprender que necesitaba valor para levantarse y volver y a desandar lo recorrido. Esta toma de conciencia es el principio de la regeneración que culminará con la vuelta al hogar paterno.

Las versiones modernas de la primera parte del relato deberían tener también su continuación en la segunda. Es forzoso reconocer el error, pues negarlo es una solución falsa y hay mil escapatorias tontas: Adán culpó a Eva y Eva, a la serpiente. Nadie dice con sinceridad y tajantemente: ¡Yo fui! Los adultos se refugian en señalar a la sociedad, y las acusaciones pueden ser cuestión de sexo, dinero, corrupción, insensibilidad moral o seguimiento de la corriente. No es difícil encontrar a muchos que afirman “*todos los hacen*”, “*hay que vivir*”. “*son niñerías*”, sutil forma de auto engañarse. Tapar las faltas no lleva a remediarlas, echar tierra encima, no es impedimento de un afloramiento posterior, y solo se consigue que esos errores nos cubran como negra pesadilla. La superación de la culpa comienza en el mismo momento en que uno se arma de valor para plantearse la gravedad de la situación, tal como lo hizo el pródigo. Todo quedará en el pasado cuando el error se sacude entre los brazos del padre que perdona sin reproches. En ninguna parte de la parábola hay recriminación, porque las grandes alegrías, al igual que los más fuertes dolores, se viven en el silencio: no caben las palabras, ellas están de más.

Paradójicamente se grita contra el mal y los escándalos del mundo, como la injusticia, la corrupción, la violencia, terrorismo. Si el pecado no existe, ¿Qué es todo eso? Quien dice no ser pecador, se miente a sí mismo (1Jn 1,8). Sin embargo, el Dios de Jesucristo no es un imperio ni un sistema racional, ni un gendarme vigilante, sino que es un Padre que aguarda lleno de amor y, porque ama mucho, perdona siempre. La misericordia es un tema muy sensible para Lucas y por eso se detiene muchas veces para presentar a Jesús hablar sobre ella: “*Sed misericordiosos como el Padre lo es, no juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados, perdonad y seréis perdonados*”. (Lc.636-37) Y en este Año de la misericordia, esta afirmación del Señor tiene más valor que nunca.

+ Bernardo Bastres F sdb.  
Padre Obispo de Magallanes.